

EL LIBRO DE LA SEMANA

Terminaciones nerviosas de la maldad

Beryl Bainbridge regresa al célebre asesinato perpetrado por Anne Perry y una amiga en la adolescencia. *Lo que dijo Harriet* tiene una maravillosa agresividad literaria y social

Lo que dijo Harriet

Beryl Bainbridge
Traducción de Alicia Fricayo
Impedimenta. Madrid, 2015
240 páginas. 19,95 euros

Por Marta Sanz

EN NUEVA ZELANDA EN 1954 dos amigas asesinaron a la madre de una de ellas reventándole la cabeza con un ladrillo; la escritora Anne Perry fue una de las protagonistas del suceso. El caso Parker-Hulme se ramifica en películas como *Criaturas celestiales* (1994) de Peter Jackson; ensayos como *Escritores delincuentes* (2011) de José Ovejero; y novelas como *Lo que dijo Harriet*, donde la historia no se narra de un modo mimético con la crónica criminal, sino que se combina con la experiencia de Bainbridge que "fue expulsada de la escuela tras haber sido sorprendida leyendo unos poemillas sucios (...) por corromper la moral del resto de las alumnas". Como la narradora de *Lo que dijo Harriet*. Como Miles en *Otra vuelta de tuerca*. Leo la novela de Bainbridge como un reflejo deformado de su vida, del caso Parker-Hulme y de los fantasmas de James.

Lo que dijo Harriet está calculada con una milimétrica pulcritud capaz de enra-



recer una atmósfera que se tupe hasta la asfixia. En el grito del desenlace se superponen los matices del campo semántico del mal: mentira, manipulación, humillación, abuso, crueldad, asesinato... Un catálogo de violencias que lleva a los lectores a pregun-

tarse si las terminaciones nerviosas de nuestra maldad pertenecen al territorio de lo congénito, a las atávicas raíces de una naturaleza humana donde se funden instinto y civilización, Hyde y Jekyll; o si, por el contrario, las malas acciones brotan como síntoma: entonces nos interrogamos sobre el origen del cáncer y, volviendo a James, sobre si de verdad los fantasmas existen o no son más que proyecciones de una mente enferma a causa de la represión sexual, el clasismo, los corsés de esa sociedad victoriana que veían, hipócritamente, el nombre de la institutriz de *Otra vuelta de tuerca*. También en *Lo que dijo Harriet* nos escatiman el nombre de la narradora. Estas niñas viven en un contexto posbélico donde la pulsión lesbica latente, el lolitismo, la curiosidad sexual sólo pueden ser utilizados como armas ya que pertenecen al territorio del tabú. Lo prohibido vulnera el orden y se metaboliza como maldad. Las adolescentes, en el desconcierto de su mutación, parecen ángeles caídos: en ellas confluyen el ansia de conocimiento y belleza, la búsqueda del amor, y el odio, la resistencia a ser tragadas por una estúpida *middle class*...

Quizá lo que dota a este libro de una maravillosa agresividad social y literaria es una característica que lo separa de la elegante veladura de James: la fisicidad del lenguaje de Bainbridge, la rebeldía frente al eufemismo y al bello decir de la literatura, el mirar de frente lo que no resulta razonable en un mundo perfecto que, al ser enunciado, cuestiona sus perfecciones. La astucia es-



Las amigas Hulme y Parker, declaradas culpables de asesinato en 1954. Foto: Getty

tructural de Bainbridge logra que la búsqueda de las siete diferencias respecto al hecho real —el texto no es un pasatiempo— pase a un segundo plano. La espectacularidad amarilla de la crónica de sucesos se transforma en la mejor de las literaturas

para insistir en ciertas constantes ideológicas de prestigio: el origen del mal y la labilidad del límite entre víctima y verdugo; la fortaleza del débil; el lado monstruoso de la inocencia y la inocencia de ciertos monstruos; la depravación como forma de saber antes de tiempo y la precocidad como fuente de perversiones. Beryl Bainbridge

construye dos personajes que se apoyan y repelen: la narradora rolliza se deslumbra ante la belleza de Harriet aunque a veces sus siluetas parecen solaparse en esa fantasmagoría que es toda escritura. Desdoblamiento, espejo, perversidad gemelar, texto-reflejo, remiten a una simbología teológica de muerte y descomposición del yo —alejamiento del origen, vampirismo— que está en el corazón de cada personaje y en el personaje bicéfalo que conforman: las protagonistas escriben un diario usando un nosotros que acentúa la sensación de complementariedad criminal. El juego de voces vuelve a situar el libro en la estela jamesiana, y el lector se compromete con la lectura en la misma medida que la escritora interpone, entre él y los acontecimientos narrados, lentes que lo separan de la verdad de los hechos. Ya desde el título desconfiamos porque Harriet lo dijo, pero es otra narradora quien dosifica las informaciones, los cruces de miradas: el voyeurismo alcanza su cenit en un pasaje en el que Mr. y Mrs. Biggs follan en su salita de estar.

La voz expresa el miedo a ser descubierta en el pasado mientras pide a gritos que la exoneren en el presente. James vuelve a aparecer en la sospecha respecto al cariz mentiroso de las confesiones y la dimensión confesional de las mentiras; en la pregunta sobre quién mueve los hilos; y en el presupuesto de que tal vez la literatura es un lugar para limpiarse de la culpa y una práctica de depravación donde alguien toma la palabra para contarles a sus preferidos lo que no debería ser contado. Imprescindible. •

CINCO PISTAS SOBRE... El milenarismo

Anarquistas místicos

El temor al apocalipsis causó genocidios y mesianismos, cruzadas y revoluciones. Lo explica un libro de Norman Cohn

Por Kiko Amat

1. Apocalipsis. Los llamados oráculos sibilinos, *best sellers* de la época, anunciaban que la llegada del anticristo vendría precedida por unas cuantas señales inconfundibles. Esas "señales" incluirían "malos gobernantes, conflicto civil, guerra, peste, sequías, hambres, cometas, muertes repentinas de personajes importantes" y también la invasión de hunos, mongoles o cualquier otra horda de bigotudos alfanje en ristre. Ya pillan el inquietante fallo de los oráculos: en la Edad Media, todas esas "señales" eran el pan de cada día. De ahí la atmósfera apocalíptico-genocida reinante.

2. Mesías pandilleros. En la Edad Media aparecían mesías a destajo: Eldeberto,

Eón, Tanchelmo, Jacob... Empezaban como "predicadores libres" hasta que mutaban a "santos vivientes" con infulas de salvación popular. Algunos de aquellos profetas tíñosos incluso hincharon currículo suplantando a jercas fallidos como Balduino IX o Federico II (hasta que los pillaron y desmembraron). Los indigentes, que aún no habían leído a Karl Marx, solían ponerse a las órdenes de cada nuevo fullero, pues estos blandían a menudo una carta de (ejem) "la Virgen María, acompañada por una corte de ángeles". Sí, a la que llovía o escaseaban los nabos, la *plebs pauperum* se cuadraba ante cualquier piernas barbudo con alucinaciones marianas (y cuartel general en bosque, como *El divino* de Astérix). Luego procedían a organizar una Cruzada

y, para echar las tardes, mataban a todo el mundo.

3. Cruzadas. A la gente le agarraba el frenesí de reconquistar lugares santos. Existían dos tipos de cruzados: los nobles con acceso a mandoble y montura, y los desaharrapados piorreicos que se apuntaban al rollo como *makineros* enloquecidos a un *after*. Estas cruzadas de *pauperes*, afirma Norman Cohn, "estaban formadas por gente cuya falta de preparación militar sólo era igualada por su temeridad". La mayor parte de las Cruzadas del Pueblo espichaba camino a Jerusalén (como la célebre Cruzada de los Niños de 1212), pero los que sobrevivían se amontonaban de inmediato en un Black Block *avant la lettre*, achantando a los cruzados oficiales.

4. Bandas armadas de anarquistas místicos. Como los tafures, "descalzos, melenucos, vestidos con sacos, cubiertos de mugre y de lagas, comiendo raíces, hierbas y los cuerpos asados de sus enemigos", una feroz banda de frikis locos embarcados en un holocausto anticapitalista a las órdenes de su propio Roi Tafur (el asceta sanguinario de turno). Había otros, como un *The Warriors* versión siglo X: los Pastoreaux (del gremio

de los pastores), los Capuati (con su propio look encapuchado, a lo Wu-Tang Clan), los Flagelantes Secretos de Turingia (empezaban flagelando, pero al poco ya estaban quemando aldeas y violando) o la Hermandad del Libro Espíritu (una élite de superhombres amorales que, tras autodeificarse, practicaba el "erotismo anárquico" a gogó).

5. Pogromos indiscriminados. Eran el *hobby* número 1 de la época, equivalente medieval de estar al día de las series de HBO. En aquel drama escatológico pillaban siempre los raros y desviados. Se solía empezar por los infieles ("demonios" judíos y musulmanes), se continuaba con el clero ("la Ramera de Babilonia") y luego dependía un poco de qué población o centro litúrgico quedase cerca andando. Durante la peste negra de 1348 se sospechó que alguien había vertido veneno en las reservas de agua, y la jauría procedió a apiolar, en este orden, a "los leprosos, los pobres, los ricos y el clero, hasta que se centraron definitivamente en los judíos". •

En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media. Norman Cohn. Traducción de Julio Monteverde. Pepitas de Calabaza. Logroño, 2015. 560 páginas. 28 euros.

EL PAÍS BABELIA 25.04.15 7